

LA CARRETERA

Y tomamos la carretera a la hora más caliente del día, en ese momento cuando el sol brilla esplendoroso en el cenit, en pleno verano, podíamos ver el vapor despedido por el asfalto. La carretera a San Luis Potosí es verdaderamente hermosa, el desierto de lleno ante nosotros mostrándonos el más bello de los paisajes: suelos coloridos y áridos, grandes piedras de figuras caprichosas, aves e imponente vegetación. Atravesamos un magnífico y denso bosque de nopales y yucas, no recuerdo haber visto otro igual, extrañada por su espesura puse toda mi atención en sus formas, tamaños y colores.

Era la primera vez que visitábamos esa zona del país, estábamos emocionados y curiosos a la vez, la capital tenía fama de ser colonial y elegante, además de contar con una excelente cocina, ahora pasaremos allí un fin de semana para empaparnos de su historia y su vida cotidiana.

La carretera se encontraba extrañamente vacía y en aquella ocasión, todo parecía misterioso, hasta el cielo había cambiado de color a un tono añil fluorescente, el ambiente se había refrescado y los aromas florales que se percibían me transportaban a hermosos jardines naturales llenos de flores. Una gran nube blanca algodonosa teñida de tonos grises y violáceos surcaba el firmamento y en ese momento cruzaba la carretera, pude ver su sombra cayendo sobre aquel suelo árido reseco que al atravesarla me sentí desconcertada ya que nos encontramos con un suelo chicloso, pegajoso y luminiscente que se tensaba a nuestro paso impidiéndonos avanzar y que a la vez nos transportaba a una zona centelleante y luminosa en diferentes tonos de verdes, azules y amarillos, donde nopales y yucas cobraban vida *¡Qué es esto!* me dije, abriendo los ojos tan grandes como puede y boquiabierta ante la sorpresa, contemplé sus gestos y movimientos alegres y cómicos, aunque ellos extrañados de vernos por ahí, trataban de tocar nuestro auto, jugueteaban a nuestro lado, nos rodeaban y me hacían guiños divertidos y gestos afables, estaban muy cerca, pude ver sus ojos oscuros brillantes y profundos, sus espinas, su lustrosa piel y sus pesados movimientos tratando de seguirnos, curiosos nos observaban, pues

nosotros seguíamos empantanados en la sombra de la nube sin poder atravesar, no sentí miedo, sino fascinación y una inusitada tranquilidad al observar aquellas increíbles maravillas en colores vivos y brillantes, los sentía muy cerca, de repente el auto se jaloneó bruscamente y desperté.

Seguimos nuestro camino, todavía nos faltaba un largo trecho por recorrer y más tarde estábamos entrando al centro histórico de aquella antigua y bella ciudad.

Lucrecia Baez